



# MONTE ATHOS

## Retiro sagrado

### Grecia

Solo diez peregrinos no ortodoxos pueden acceder diariamente a esta república religiosa. Uno de nuestros viajeros vivió esa experiencia

POR JAVIER CARRIÓN

¿Se imaginan un lugar en la vieja Europa sin carreteras, hoteles, radio o televisión... donde la presencia de la mujer está prohibida? Ese lugar existe en el norte de Grecia, sueño vacacional para muchos y centro de oración y búsqueda de Dios para otros, los 1.600 monjes que viven en el Monte Athos, la «Montaña Sagrada» que preside el águila bicéfala de Bizancio.

Inicié mi viaje a «Ágion Oros» (Monte Athos) llamado por la curiosidad y el objeti-

vo de descubrir las claves de esta hermética península griega «reñida con el progreso» y heredera del Imperio Bizantino que fue abatido tras la toma de Constantinopla por los turcos en 1453. Una parte de ese imperio sobrevive milagrosamente, más de diez siglos después de su levantamiento, en este rincón del Mar Egeo: La pata más oriental de las tres que dibujan la península calcídica. Allí se erige hoy la última república monástica autónoma del mundo con sus 20 monasterios ortodoxos y la única presencia femenina de la Virgen María, la «Señora» en este llamado «jardín de Athos».

No es nada fácil penetrar físicamente en esta península de escarpadas gargantas y

verdes valles donde crecen olivos, vides, nogales y madroños en estado salvaje. Se necesita una autorización para viajar a este Monte Santo que se llama «diamonitiron» y solo se obtiene una vez que las autoridades religiosas de Tesalónica y las políticas del Gobierno de Macedonia dan el visto bueno.

Con el documento firmado en el bolsillo soy oficialmente uno de los diez peregrinos no ortodoxos que pueden acceder diariamente y recorrer esta república religiosa durante cuatro jornadas. El procedimiento habitual para llegar a Athos es en barco. La panorámica impacta pues estas auténticas fortalezas que surgieron en los primeros siglos del Imperio Romano de Oriente eran inexpugnables con sus altas torres y así pudieron guardar en su interior no solo la fe religiosa intacta sino un impresionante ramillete de tesoros suntuosos (libros, íconos, frescos, lámparas, joyas...) donados por reyes y emperadores. Fuera de estos recintos la riqueza dio paso a otro tipo de vida de retiro, protagonizada por eremitas y ascetas que todavía hoy continúan vagando por los caminos más aislados de la península.

Mi traslado al monasterio de San Pablo («Aghios Pavlou»), fundado a mediados del siglo X, se realiza en una pequeña barca